

Historia de Magdelaine Bavent

Religiosa del monasterio de
San Luis de Louviers

Con su confesión general y testamentaria,
donde ella declara las abominaciones, irreverencias y sacrilegios
que ha practicado y vio practicar, tanto en el dicho monasterio, como
en el *sabbat*, y las personas que ella ha señalado.

Alberto Ortiz
Versión e introducción



Índice

Introducción	9
<i>Alberto Ortiz</i>	
Historia de Magdelaine Bavent	17
Religiosa del monasterio de San Luis de Louviers	
Al lector	19
Prefacio	21
Capítulo I	23
Capítulo II	27
Capítulo III	29
Capítulo IV	31
Capítulo V	33
Capítulo VI	35
Capítulo VII	39
Capítulo VIII	43
Capítulo IX	49
Capítulo X	53
Capítulo XI	57
Capítulo XII	61
Capítulo XIII	63
Capítulo XIV	67
Capítulo XV	73
Capítulo XVI	77
Capítulo XVII	83
Capítulo XVIII	89

HISTOIRE DE MAGDELAINÉ BAVENT.

Religieuse du Monastere de Saint
Louis de Louviers.

Avec sa Confession générale & testamentaire,
où elle déclare les abominations, impietez,
& sacrileges qu'elle a pratiqué & veu prati-
quer, tant dans ledit Monastere, qu'au Sabar,
& les personnes qu'elle y a remarquées.

Ensemble l'Interrogatoire de Magdelaine Bavent.

*De plus l'Arrest donné contre Mathurin Picard, Thomas Boullé
& ladite Bavent, sous convaincus du crime de Magie, l'un brûlé
vif & l'autre mort.*



A PARIS.

M. DC. LII.

Capítulo I

En el presente año, 1647, cuando hago este resumen de la historia de mi vida criminal, yo creo tener cerca de cuarenta años, ya que no sé con precisión el año de mi nacimiento. Mis padres fueron el señor Guillaume Bavent y la señora Jeanne Planterose, oriundos de esta ciudad de Ruan. Dios me los retiró a corta edad, no tenía, me parece, más que nueve años, sin embargo, los llamó de este mundo a su presencia. Ahora veo las bondades que el destino, el mismo que muchas veces y de forma ligera llamamos funesto, depara hasta a los seres más desgraciados; como todo redundo en la mayor gloria del Creador, mi prematura orfandad los privó de sufrir el escarnio futuro producido por mi suerte y desatinos. Su providencia sapientísima no quiso que tuvieran parte del disgusto que di a todos. Mis padres temieron a Dios y no merecieron resentir las ofensas cometidas contra su Majestad. Mi tío Sadoc me llevó a vivir a su casa después de sus decesos. Me quedé ahí hasta la edad de doce o trece años, cuando me llevaron con la señora Anne Lingere, para aprender el oficio de la costura.

Los religiosos de Louviers, con base en los embustes del resto de niñas aprendices, me acusan de que durante los tres años de mi estancia en la casa de la señora Anne, accedí, desde el comienzo del segundo año, a ser corrompida por el padre Bontemps Cordelier, frecuentemente fui llevada con las otras niñas al *sabbat*, estuve casada con el diablo Dagón, escondido bajo la forma de un hombre joven, y cantidades de otras imputaciones criminales. No tengo ningún conocimiento de todo ello; al respecto únicamente la verdad he confesado ante la Corte, si dije o se entendió algo diferente debe atribuirse solo a los restos de las impresiones de sus discursos que tenía dentro de la cabeza, a fuerza de escuchar acusaciones y regaños.

Creí haberlo aclarado en anteriores declaraciones, insisto y reafirmo que no sabía cosa alguna de tan atroces recriminaciones, porque sin conocer del asunto siempre me trajeron aquí a responder ingenuamente a mis

Capítulo II

Dejo todo el discurso fabuloso sobre el tema de Bontemps para contar cómo vine al monasterio de Louviers. Dios me daba pensamientos casi continuos de abrazar la religión desde pequeña. Teniendo alguna devoción particular por San Francisco, que siempre he querido, supe que él estaba en un establecimiento de niñas de su orden en la ya dicha ciudad. Fue allí que decidí ser colocada y mis padres lo vieron tan bien que me ayudaron y fui recibida. Entraba en mi décimo sexto año y juro sobre mi alma que mi única intención era servir a Jesucristo, y ser una buena religiosa. Aunque las niñas aleguen que lo que quería era perder su misión. Pero mi mala fortuna fue encontrar ahí a David como confesor y director de conciencias.

Me tuvieron seis o siete meses en hábito secular en el claustro, después fui vestida con el de religión, para comenzar mi noviciado, y lo traje cerca de un año. David, que nos conducía a todas, era horrible y, por cierto, indigno de un estado tan santo como el servicio divino. Nos leía el libro de la voluntad de Dios, compuesto por un religioso capuchino, que servía casi solo y únicamente de regla durante esos tiempos en la casa; pero él explicaba de una manera extraña, aprobada y seguida por las madres que nos gobernaban. Ese mal hombre y peligroso padre, so pretexto de introducir la perfecta obediencia, que debe ir hasta en las cosas más difíciles y repugnantes de la naturaleza, introducía prácticas abominables, por las cuales Dios fue extraordinariamente deshonrado y ofendido. ¿Osara yo solamente nombrarlas? Él decía que hacía falta matar al pecado para regresar a la inocencia, y debíamos parecernos a nuestros primeros padres, quienes estaban sin ninguna vergüenza de su desnudez delante de su primera pareja.

Y con todo ese lenguaje de aparente piedad nos hacía cometer porquerías y falacias. En público los religiosos pasaban por los hombres más altos, perfectos y virtuosos, sin embargo, dentro del claustro se despojaban de la moral. Todos desnudos bailaban, se aparecían en el coro e iban al jardín.

Capítulo III

Si tuviera más audacia, que no la tengo, censuraría mi devoción por la orden de San Francisco, al menos creo que era indiscreta, excesiva y supersticiosa. Me obstinaba en querer pertenecer a algún convento que siguiera sus reglas, mas no teniendo gran conocimiento para ello, presioné voluntaria para permanecer en la torre cercana, según me fue ofrecido después de mi salida. He aquí una de las fuentes de mis males, pienso que luego de haber abandonado a Dios, al reaccionar contra sus inspiraciones, Él me abandonó a mí misma, para seguir mi indiscreción, pues, a pesar de mis padres, y sin hacer ningún caso de las opiniones que las personas me dieron, yo quise permanecer de tornera.

David no vivió mucho tiempo después de mi decisión de quedarme en la torre de las externas. No tuvo el medio de frecuentarme mucho, pues yo ya había salido, a mi parecer a finales de enero. La fiesta de la Candelaria lo obligó a hacer un viaje a París, de donde regresó a fin de estar aquí el viernes de la Pasión. Lo trajeron muy enfermo al convento, murió hacia el mediodía del lunes de la Semana Santa. No fue con él con quien ofendí a Dios, no pasó nada negro entre nosotros y toda la libertad que tuvo consistió en unos toques lúbricos recíprocos, particularmente una vez.

Pero antes de ese último viaje que hizo a París, no debo omitir, me confió una pequeña caja con su llave, con la prohibición de abrirla y el mandato de velarla de quien fuera. Hay que considerar, por tanto, que dejaba su caja entre las manos de una niña, es decir, fue una imprudente decisión. Me dejé llevar por la curiosidad de abrirlo. Entre otras cosas vi una hoja de papel escrita por su mano en todos sus lados, la cual no pude leer. A su regreso le devolví la caja con la llave.

Después de que lo asistí los pocos días que estuvo enfermo —no siempre medicado de una úlcera desagradable entre la ingle y la parte vergonzosa (así como decían las niñas)— estando yo presente el lunes Santo, día

Capítulo VII

Aquellos que lean este escrito no dejarán de juzgar que fui transportada al *sabbat*; y tal vez me nombrarán bruja o maga; pero les suplico que suspendan por algún tiempo sus juicios y consideren las siguientes cosas: estaba segura de que mi conciencia enferma era sensible siempre a sus palabras, y en mi fuero interno me hacía reproches sobre todo lo que pasaba por influencia de Picard, él lo sabía muy bien, y es la verdadera razón por la cual él no se fio completamente de mí, no me confesó todos sus secretos; y no se puso en obligación de asociarme con sus obras diabólicas, diciendo él mismo, algunas veces, que yo era una niña en toda la extensión de la palabra, que era muy tímida, y que desconfiaba de todo. Efectivamente no se equivocaba, y voy a dar pruebas muy evidentes.

El día después de la noche de mi rapto, sin esperar un poco más de tiempo, le declaré al buen señor Langlois cómo me habían sacado la noche anterior, lo que vi practicar, todo lo que se me dijo y le seguí manifestando mis raptos que siguieron; pero, para mi mala suerte, no sé si era versado o no en esas materias, no me informó que fue durante el *sabbat* cuando me habían raptado. Puede ser que Dios permitió que fuera ciego en una cosa, pues parecía tan claro para otros a la hora que lo supieron. Mis faltas ameritaban que tuviera el espíritu cerrado para mí, puesto que yo lo tenía cerrado para él.

Además él sabía por mí el tormento que me había causado el horrible gato y cómo me seguía en distintos lugares de la casa, casi sin abandonarme, pues generalmente le decía todo lo que me pasaba. En ese tiempo quedé sin remedio, como si él no supiera qué hacerme. Incluso si se hubiera tomado la molestia de enviarme con alguien, aunque le fuera fácil, con el fin de instruirme mejor, me hubiera aportado poco alivio. Dios mío, Dios mío, me merecía tu abandono muy justamente y los hombres parecían imitar hacia mí tal proceder.

Capítulo VIII

A causa de lo que relaté sobre lo que me sucedió en el *sabbat*, y que fue publicado por todos lados, la curiosidad atrajo a bastantes personas a preguntarme varias cosas sobre el tema de ese lugar infame. Mi confesor me advirtió de abstenerme de hablar mientras estuviera encarcelada en esta ciudad y me dijo que no debía responder sobre eso más que a mis jueces. Dios sabe cuántos desprecios, humillaciones y tormentos de espíritu me costó esa defensa; porque la gente que me visitaba se imaginó que el demonio me cerraba la boca y que me abstenía de pensar en una conversación seria, porque no quería decirles nada. Pero voy a darles gusto ahora, pues deciden que hable ampliamente para que lo aborrezcan, con el fin de que cada quien sepa mejor la gravedad de mis crímenes espantosos. Siempre en lo que diga de estos temas, les suplico a aquellos que vean este escrito que no añadan más cosas que lo que aquí se dice y que distinguan lo que consideren que sea real de lo que tendrá alguna marca de ilusión; me toca a mí contar todo con espíritu sincero, como pienso haberlo visto y es tarea para aquellos de espíritu más inteligente hacer el discernimiento necesario.

Siempre fui raptada en la noche y después de haber dormido. Siempre venían a llamarme ordinariamente antes de maitines, que se llama a media noche con nosotras, ya fuera una vez a la semana, fuera dos veces, fuera cada mucho tiempo, sin que los días estuvieran determinados. Me levantaba despertada como del primer sueño para responder a la voz que me parecía ser de una religiosa de la casa y desde que llegaba a la puerta de mi celda me sentía transportada, sin poder discernir por quién ni cómo, perdiendo todo conocimiento hasta que me encontraba en ese maldito lugar. Mi confesor me hizo entender que fue una de mis culpas haberme levantado para atender la puerta, porque yo habría podido saber lo que me iba a pasar después de lo que me había pasado las primeras veces. En efecto lo reconozco, pero eso no me vino a la mente y no sé cómo no lo pensé, tan-

to así que no me ayudé de ninguna gracia ni de otra cosa para ir, y nadie debe creer que yo supe la forma de hacerme raptar, porque esto no es así, mis papeles muestran evidentemente que eso fue por la orden y el poder de Picard. Y si acaso tuviera los deseos más grandes de ir al *sabbat* (lo cual nunca pensé) lo digo delante de Dios, me sería imposible y no sabría por dónde ir. Finalmente me traían de la misma manera que me habían llevado y me encontraba a la hora y media, dos horas, o tres horas en mi cuarto, y me quedaba en la cama.

El lugar en donde se hacía el *sabbat* me era desconocido y no sabía si estaba raptada cerca o lejos del monasterio; ni siquiera discerní las particularidades para poder hacer la descripción y si quisiera hacer un dibujo equivocaría a la gente, que debe estar muy contenta de que les hable sinceramente. Solamente me acuerdo que es más bien pequeño que grande, que no hay sillas para sentarse y que está iluminado por los candiles que están sobre el altar a manera de antorchas.

La asamblea que estaba allí no era numerosa y solo vi padres y religiosas, muy rara vez personas seculares y muy pocas. Puede ser que al *sabbat* a donde yo asistía no era el suyo, que es un poco menos impío y detestable. ¡Qué horror, buen Dios, debe huirse de esas personas que deberían de encontrarse en la asamblea de los santos para cantar sus alabanzas a las horas que Usted designó acometer los más grandes y los más divinos misterios de nuestra salvación, y en cambio se encuentran en tal lugar y en la asamblea de los diablos para profesar o escuchar blasfemias horribles contra Su Majestad!

Dije en la asamblea de los diablos, pues los diablos son regularmente mitad hombre y mitad bestia, algunas veces solo aparecen en figura de hombres, y Picard (al lado de quien siempre me encontraba) me lo enseñó. No los vi bajo la forma de macho cabrío, de la cual hablan las niñas, ni me di cuenta de que les rendimos homenaje de adoración por alguna ceremonia especial y nunca me hablaron de ello. Su lugar me pareció estar muy cerca del altar.

Debemos notar que empleo bastante la palabra altar, porque efectivamente hay uno sobre el cual los padres celebran la misa con el papel escrito de blasfemias y tal vez los demonios están cerca del altar porque lo dicen sus alabanzas y no sé si será por esto que no les rendíamos ahí adoración particular, alegrándose con la del sacrificio, que mi confesor me dijo que era la más grande, la más magnífica, la más solemne adoración, y que solo debe darse al Dios verdadero. En cuanto a la hostia que es empleada en la celebración de su misa, se parece a la que usamos en la iglesia, que me pareció siempre rojiza y sin figura y pude conocerla a causa de que comulga-

Capítulo IX

Todas las cosas que vi practicar en el *sabbat* son infames y es imposible que las piense sin horror. Los hombres no saben la pena que me dan cuando solo me visitan para saber; hasta mi confesor me dijo que, antes de la confesión general, él casi no me había interrogado, y que la primera vez que lo escuché me había hecho solo las preguntas necesarias, y con gran detenimiento, como en efecto es verdad, por la vergüenza y la confusión que él veía que yo tenía. No tuve nunca repugnancia en declarar mi infeliz vida; sin embargo, las obras diabólicas que voy a decir aquí, sobrepasan todo lo que puede caber en la imaginación de los más grandes pecadores del infierno; y falta alegar que si las santas religiosas de Dios hacen cosas extraordinarias, las malditas religiosas del diablo no les ceden para nada.

Me refiero a que la malicia de los padres, que se encuentran principalmente en esas asambleas nocturnas, va hasta el punto de llevar seguido hostias consagradas a la iglesia, las cuales ponen sobre un tipo de altar, enseguida dicen su misa; las retoman después, levantan la hostia al centro, a la altura de un cuarto por encima; las aplican sobre una vitela o un pergamino y acomodan de la misma manera, las detienen con un tipo de grasa que se parece a la piel; las pasan enseguida a su parte vergonzosa, hasta cerca del vientre, y se regocijan en ese estado en compañía de mujeres. Ciertamente tales acciones ameritan ser olvidadas en vez de ser recordadas. Pero como hago aquí mi confesión general, no puedo callar uno de mis más grandes crímenes, porque ese maldito Picard lo ha hecho conocer de ese modo en esos lugares de iniquidad. Es cierto que esto no pasó seguido, fuera del *sabbat* él nunca me enseñó más que en la acción ya mencionada. El *sabbat* sucedió cinco o seis veces como máximo, de lo cual mi confesor se asombraba; y lo que digo, una vez o dos solamente. Pero es ofender muy criminalmente a Dios, yo alegaba que un pecado tan grande ameritaba una penitencia extraordinaria. Dios me dignó hacer la gracia de practicarla.

Una noche, no me acuerdo en qué tiempo, después de haber llevado el papel de blasfemias en procesión, y haber hecho cantidad de renunciaciones, fue presentada una pequeña cruz ante la presencia de todos, en donde fue amarrada una hostia grande consagrada también en la iglesia, con pequeños clavos hacia la figura de las manos y de los pies, fue perforada de manera similar en el lado figurado, cada quien dando su golpe, uno después del otro, y me obligaron también a dar el mío. Picard sacó dos o tres gotas de sangre, que obtuvieron de algunos, mezcladas con la hostia, para formar los amuletos. Buen Jesús, es Usted crucificado una vez más, tantas veces como se puede hacer; y la pena, lo que hicimos, y seguido, fue el ejercicio de picar hostias, para renovar sus ultrajes: porque hasta vi picar las que consagramos del *sabbat*, aunque no haya salido sangre nunca. Fue así como él dejó entrar a otros, consagrándolos a la iglesia infernal.

Cierto padre trajo un día una hostia, para quemarla. Vimos a Jesucristo en esta asamblea maldita de malvados, y su rabia iba especialmente contra él: pero parece que Nuestro Señor hirió al padre, del cual no quedó ni un átomo, y la hostia fue levantada visiblemente en lo alto. Los demonios se fueron al momento de esta aparición; y todos los asistentes fueron espantosamente amenazados por Jesucristo. Pero ni este ejemplo de castigo, ni las amenazas del Salvador impidieron la continuación de sus asambleas impías.

Hubo otro padre que trajo un cáliz, en donde estaba la sangre de Jesucristo, porque él lo había consagrado antes de venir al *sabbat*. El primer padre tomó un cuchillo y lo acuchilló; el cuchillo salió todo ensangrentado: un segundo hizo igual, la especie tomó el verdadero color de sangre. Un tercero hizo lo mismo, y el cáliz se puso tan lleno de sangre que escurrió hasta el piso. Nuestro Señor se mostró otra vez, esta vez acompañado de la Virgen y de otros dos santos. Los demonios querían irse, y él se los prohibió. Después redujo a los tres padres a cenizas, y nunca se les volvió a ver desde entonces. Vimos que uno de los santos tomó el cáliz, y el otro reunió la sangre, y hasta la tierra que estaba regada. Todo fue llevado en alto, y los asistentes se dispersaron por una explosión. Si estas cosas son reales, les dejo el juicio a otros. He aquí grandes abominaciones, y cuántos milagros. Hace falta que yo tenga la mínima duda de la presencia real de Jesucristo en el Santo Sacramento, a causa de los insolentes abusos que los diablos y los hombres hacen en esos lugares de desolación, y al contrario, mi fe tocó este artículo que está más confirmado porque es solo por esta presencia como la tierra y el infierno se unieron en ira contra Jesucristo abusando tan malvadamente del Santo Sacramento y he visto en esas ocasiones específicas a Jesucristo castigar sus mensajes.

Capítulo X

Después de la relación hecha sobre todo lo que concierne al *sabbat*, en donde estuve siempre hasta la muerte de Picard, falta que siga declarando lo que pasó afuera de ese lugar espantoso.

Comenzaré por uno de los puntos principales, que es el de mis escritos y papeles, o de mis cédulas al diablo. Pequé gravemente en esto; y si hay algunos que encuentren una razón para dudar de la verdad y realidad de mis ofensas cometidas en el *sabbat*, nadie encontrará dudas de la verdad y realidad del crimen que cometí contra Dios, a quien pertenecía como criatura, como cristiana, como religiosa, obligándome y dándome al enemigo de la gloria y de mi salud. Mi crimen es aun tan grande que fue reiterado varias veces: y sea cual sea la pura verdad, fue Picard quien me presionó y orilló a hacer todas las cédulas, y quien me las dictó palabra por palabra; sin embargo no debo excusarme sobre esto y disminuir por este medio la gravedad de mi crimen. Por lo tanto creo que el infeliz me encantó, pues al escribirlas yo no sé cómo estaba. Cuando mi confesor me preguntó cómo sucedió lo de mis papeles, dije que después de haber escrito al diablo lo que él quería, escribía lo que el demonio decía, no tengo otra respuesta que dar, más que decir que no sabía lo que escribía, estando fuera de mí, y que no me conocía ni a mí misma.

Tendría gran dificultad en acordarme del nombre de mis cédulas si ellas no hubieran sido devueltas por las vías que diré después; y hasta ignoraba las cosas que contenían, a causa del estado en que me encontraba al escribirlas, si no me hubieran sido leídas después de que Dios hubo obligado a los demonios a devolverlas. Hay una primera cédula escrita con mi propia sangre, que se quedó en manos del señor Barillon, enviada a Louviers para enterarse de mi asunto. Hay otra en forma de súplica al diablo, para volver a poner algún pellejo u otra cosa en mi cuerpo, que él me había extraído atormentándome dolorosamente, y que fue puesta en el al-

Capítulo XI

Hablé de todos mis papeles de cédulas en el capítulo anterior, aunque hayan sido hechos en diferentes tiempos, los cuales no puedo precisar; debo revelar también las cosas que pasaron, al menos las más notables, entre las que me conciernen durante los años de todo ese tiempo. No hay que buscar mucho orden, porque me es imposible ponerlo, no puedo sino contar-lo según lo recuerdo.

Cuatro años antes de su muerte Picard me dio un papel a escondidas, en forma de paquete pequeño y largo como un dedo, para ponerlo en mi celda, con la promesa de no abrirlo hasta después de su muerte. Se lo dije al día siguiente al señor Langlois y como lo busqué después para dárselo, habiéndolo puesto sobre mi mesa el día anterior, nunca pude encontrar nada. No fue encontrado hasta el día de su deceso, cuando apareció sobre mi mesa. Pero cuando yo iba dárselo al señor Langlois en persona, fui arrastrada violentamente por los demonios hasta la vieja despensa, en donde había fuego; y no me dejaron hasta que lo aventé al fuego, ahí se quemó. Aunque antes lo abrí y noté que estaba lleno de pelos negros, no pude ver ninguna otra cosa.

Un día encontré en el rincón de la cabecera de mi cama tres hojas de enredadera, envueltas, al abrirlas salieron muchos pequeños bichos negros que tiré por la ventana, y que no dejaban de entrar por un lado de la misma ventana cerrada. No aparecieron hasta cierto tiempo después, y no sé lo que les sucedió, ni quién me las habría dejado.

Me acuerdo que una vez, luego que Picard dijera la misa, como habíamos repasado los ornamentos dentro, al tomar la custodia vimos caer una hostia en la sacristía donde estaban las religiosas. Le dijimos, y ordenó que se la diéramos. Le fue dada y yo vi que la besó, y la puso en el mismo lugar en el que estaba. No sé si la dejó, pero desde ese tiempo siempre sentí mucha pena de acercarme al señor Langlois para decirle mis penas, y supuse que era algún encantamiento que él había hecho.

Capítulo XII

No deben cuestionarme si estaba apenada, confundida e inquieta cuando estaba en ese maldito estado insoportable en el que me encontraba. Lo estaba de tal manera que el señor Langlois se sintió obligado a escribir con una tinta mejor que la del señor obispo de Évreux en el pasado. Vino a Louviers, hizo que trajeran ante él al señor Langlois al coro, en donde estaba yo, percibió mis dificultades para confesarme; y después del confesor se resolvió a oírme él mismo, otorgándome ese oficio caritativo. Eso fue en el año de 1642, me parece.

Creo haberme confesado tres o cuatro veces con él. Es verdad que no le hice ninguna confesión general, pero mis confesiones particulares fueron de las cosas que pasaban en el *sabbat*, y relaté todo lo que me concernía. Le informaba de mis raptos, de mis cédulas escritas, de mi carta, de mis peleas, de las persecuciones del gato, de mis dificultades para rezarle a Dios, y para hacer el signo de la cruz; de mis inclinaciones por renegar y blasfemar, etcétera. Me hizo renunciar al diablo, y fui tan desdichada por no dejar a Picard completamente, aunque me lo había ordenado, y de creerle a ese mal hombre, que me hizo hacer una nueva entrega, como lo dije antes, y la más grande que hubiera hecho hasta entonces.

Además, para remediar las persecuciones del gato, especialmente debido a los violentos esfuerzos mediante los cuales gozaba de mí, aunque esa acción horrible no me haya pasado más de dos veces, con el temor que yo tenía de que él no llegara todavía, le pareció que lo más seguro era poner el Santo Sacramento en mi cuarto. Eso se hizo creo que tres meses después de que yo había comenzado a pedirle consejo a él, y lo pusimos en una especie de tabernáculo pequeño que se cerraba con llave. Estaba todavía ahí cuando fui denunciada y alabé a Dios a causa de la santa presencia de su hijo único, el verbo encarnado; desde entonces el gato no apareció. Debimos hacer otro tanto para cuando me raptaran al *sabbat*, como de costumbre.

Capítulo XIII

Ya es tiempo de hablar sobre la revelación anunciada, y decir sobre qué estaba fundamentada, pues Picard murió en el mes de septiembre de 1642, me parece, y fui acusada en el mes de marzo del siguiente año, 1643, como ya saben.

Aunque mi confesor me dijo siempre que lo merecía, pues en vez de servir a Dios servía a su enemigo, y que en lugar de ser una buena religiosa era muy mala; a pesar de eso no me queda duda de que todo esto fue tramado en contra mía con un poco de malicia. La cosa pasó de la manera que lo cuento. Falta saber, entonces, que la madre superiora Catherine de la Croix, la madre vicaria Catherine de Sainte Genevieve y la madre de las novicias Elizabeth de la Nativité, me visitaban frecuentemente, yo sabía todo lo que se hacía en la casa debido a ellas, y siempre estuve obligada a mostrar adoración a estas tres personas, a causa de las prácticas infames por las que me hicieron pasar. Eso no les parecía y si no me hubiera relacionado mucho con ellas, seguramente no estaría en el lugar en el que estoy ahora. Por cierto, yo creo que temían que al declararme con el señor Langlois, con quien tuve libertad de hablar algunas veces, ya que no logré que me confesara sacramentalmente, le informara que ellas estaban en el maldito lugar adonde fui raptada. Esto me hace recordar que muy seguido encontraba religiosas escuchando lo que yo le decía, por lo que me fue imposible denunciarlas, una vez ellas huyeron rápidamente, el lugar estaba oscuro, solamente reconocí a una que se llama Jeanne de San Francisco.

Hay más, la madre De la Croix deseaba que le confiara a ella mis faltas y mis penas, le respondí que mi asunto no era para las mujeres, pero sí para los hombres; y para los hombres que no fueran tontos. Ella quiso que me confesara con algún eclesiástico de la casa, ya que no tenía libertad de hacerlo con el señor Langlois. No era mi voluntad, porque yo no la creía

capaz de ayudarme lo suficiente, además de que la había visto hacer algunas cosas poco honestas contra algunas religiosas, a quienes yo tenía algo de estima.

Todas esas conjeturas no son ligeras, y merecen ser examinadas. Pero he aquí el rumbo que tomaron para relacionarse con mi caso: Anne Barré, dicha de la Nativité, había sido recibida en la casa algunos meses antes de la muerte de Picard. No sé cómo vivió estando en el mundo, pero es cierto que muy pronto después de su entrada, y aún cuando ella no tenía más que su hábito secular, se comportaba como una niña que comenzaba a tener visiones y parecía extraordinariamente fuera de sí. Eso aumentó después del deceso de Picard.

Voy a decir aquí dos cosas que me pasaron con ella: una es que en el mes de diciembre del año de 1642, estando en mi celda el Santo Sacramento, que el señor Langlois había hecho cerrar con llave, a causa de los dos raptos contados antes, ella no dejaba de aparecer en la noche, y traía el papel de las blasfemias, me despertaba para hacerme leerlo, y cuando me negué a hacerlo, me lo leyó de diferente manera tomándolo entre sus manos. Al día siguiente di cuenta de esto al señor Langlois, él se asombró. La otra es que en el mes de enero siguiente, del año 1643, ella me propuso un trato extraño que puede dar información para juzgar lo que ella puede ser. Salí de mi celda, encontré a la madre de Sainte Genevieve, quién me dijo: *entre en este cuarto un poco, para que se quede con la hermana Barré hasta que regrese*. Para entonces ella estaba en la cama y empezó a decirme, riéndose muy fuerte: *no estás sola. ¿Y quién está conmigo?* le dije, ella me respondió: *el diablo está al lado de ti*. Le pregunté, haciendo el signo de la cruz: *¿en qué forma?* Ella me contestó: *en forma de muchacho, pero desnudo*, yo le dije: *¿es un villano?*, *renuncio a él*. *Cállate, cállate*, me dijo ella, *estará vestido pronto*. La madre de Sainte Genevieve regresó, y en cuanto salí del cuarto me desvistieron, sin que viera a nadie, y me fui rápidamente a mi celda, en donde llame a mucha gente, les dije lo que había pasado, rogándoles que buscaran mi hábito, el que encontraron (según me hicieron saber) en el granero. No pienso que esas dos cosas fueran coincidencia, si quisiéramos profundizar. Pero sea como sea, ella se llevaba extraordinariamente con las madres de la práctica, y deajo que Dios diga si es por su medio, o por alguna otra voz que haya estado en el *sabbat*, en donde yo la vi muy poco, porque ya no fui raptada desde la muerte de Picard.

Esa relación tan estrecha con personas tan perversas, y particularmente con la más perversa de las tres, me hizo sospechar y juzgar nada bien sus revelaciones. Si la Corte se toma la molestia de examinar todo cuidado-